

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 48.

MAHÓN 4 Octubre de 1900.

DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA: J. Mir y Mir EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE.

Provincia de

J. D.



A la brecha

Al reanudar nuestra campaña, interrumpida á principios del verano, es natural que digamos algo acerca de nuestros propósitos y de nuestras esperanzas, con mejor conocimiento, gracias á la experiencia adquirida, que cuando comenzamos la publicación de este modesto periódico.

EL PORVENIR DEL OBRERO no tiene compromisos de partido, ni su criterio encaja en los límites de los programas oficiales de las diferentes escuelas religiosas, políticas y sociológicas. Somos sinceros, y tenemos la seguridad de ser creídos al afirmar nuestra absoluta independencia. En estas columnas encontrarán tribuna abierta y libre todas las ideas de progreso, todos los que amen la verdad y la justicia y quieran defenderlas.

Sabemos de sobra que éste no es el camino que conduce al encumbramiento ni á los medros personales: si tales cosas nos propusiéramos conseguir, procuraríamos acercarnos á los poderosos de la tierra, no á los desgraciados. Del mismo pueblo nada queremos ni tenemos derecho á esperar; primeramente porque no sería justo, y además porque el pueblo bastante tiene que hacer en procurar el bienestar propio, ésto es, el colectivo, y fuera perdido y contraproducente el tiempo y el esfuerzo que dedicara á encumbrar personalidades de más ó menos valimiento. La organización de los trabajadores no ha de ser jerárquica ni reglamentada como en un cuartel, sino producto de la asociación libre, conservando cada cual su personalidad, su autonomía, sus iniciativas. Los que nos dedicamos á escribir para el pueblo no somos superiores, ni tenemos derecho á supremacías ni prioridades; somos como todos, y si las circunstancias han hecho que tengamos mayor facilidad y mejores medios para poder luchar desde el periódico, sería un abuso imperdonable el usar esta arma en contra de nuestros compañeros para dominarles—siquiera moralmente—ó para elevarnos á su costa, en vez de emplearla para combatir, hasta lograr su destrucción, á todos los obstáculos que se oponen al bienestar comun. Insistimos tanto, porque se ha hecho un lugar comun en las argumentaciones de conservadores y reaccionarios la pretendida ambición de los que se ha dado en llamar—véase Clarín—*capataces* del movimiento obrero. En este punto tenemos nuestra convicción bien definida: repugnamos el vasallaje en todas sus formas; ni queremos tolerar jefes, ni formaríamos buen concepto de quien se prestase á ser súbdito.

Hablemos de nuestras esperanzas.

La lucha entre los proletarios que intentan hacer valer sus derechos á la vida y los explota-

dores que defienden sus abominables privilegios se hace cada día más extensa y más ruda en todos los países del mundo. En España, por desgracia de todos, no ha bastado la experiencia de los recientes desastres, y, en vez de caminar hacia la civilización, se empeñan nuestros gobernantes en continuar siendo reaccionarios é imbeciles. Esto quiere decir que la lucha por las nuevas ideas habrá de revestir caracteres más cruentos que en los países civilizados de Europa.

Ha comenzado una campaña gubernamental de exterminio contra los periódicos de ideas avanzadas: *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y *La Conciencia Libre* han suspendido su publicación después de muchos atropellos; *Progreso* sufre con valor indomable y sin amenguar sus bríos persecuciones sobre persecuciones, denuncias sobre denuncias; *El Motín* capea el temporal como mejor puede. En todas las provincias españolas la prensa liberal es víctima de atropellos é injusticias; ser periodista con dignidad es más peligroso que ser ladrón ó asesino.

Ahora bien, al reaparecer en tales circunstancias ¿qué es lo que pensamos hacer?

Por de pronto, pesa todavía sobre nosotros una causa criminal, que ha servido para quitarnos el miedo á las que puedan sobrevenir. Que sobrevengan ó no depende más de la arbitrariedad de los que mandan que de nuestra conducta. Para evitar persecuciones procuraremos usar de toda la prudencia compatible con la dignidad. Si en el uso de nuestro derecho se nos ponen obstáculos, procuraremos evitarlos; si nos atropellan, procuraremos defendernos, buenamente, mientras se pueda, y sino del modo que sea posible. Lo que no harémos nunca será entregarnos al enemigo por amenazas ni por alhagos. Defenderémos siempre la verdad que creemos y el bien que anhelamos, desde el periódico por ahora, de palabra cuando nos impiden publicarlo y con hechos cuando llegue la ocasión. Por otra parte, creemos que los motivos de desaliento que pudieran hacernos retroceder no han de venir de los poderes públicos, por más que menudeen las molestias y las persecuciones.

El sostenimiento de nuestro periódico depende del pueblo, para quien trabajamos, y la fuerza moral que necesitemos de él deberémos tomarla. Si es verdad que el pueblo de Menorca está descontento del estado miserable de esclavitud, más ó menos disimulada, en que vive; si aspira á su propio mejoramiento; si desean los trabajadores adquirir personalidad y realzar su dignidad, si han concebido para sí y para sus hijos un porvenir mejor y están decididos á trabajar para que este porvenir se aproxime lo mas posible; en tal caso este periódico será una batería, más ó menos poderosa, pero segura, contra las Bastillas del ca-

pitalismo, del clericalismo, del militarismo, contra todos los obstáculos que se opongan á la realización de las justas aspiraciones populares.

Esta batalla podrá suspenderla ó continuarla localmente nuestro pueblo; pero se dá viva y empeñada en todo el mundo. Legiones de trabajadores la sostienen con vigor en Francia, en Bélgica, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en toda la América del Sur, y hasta en Rusia y en Australia. El ejército que ataca á la sociedad caduca es mayor cada día y más pujante. La lucha ha invadido el campo de las ciencias y de las artes, obteniendo constantemente nuevas victorias los campeones de las ideas redentoras. Es un mundo que se levanta, joven y vigoroso, para destruir y reemplazar al mundo viejo, cargado de crímenes y abominaciones.

Si alguien intentara hacernos dudar del triunfo definitivo, solo conseguiría hacernos reir. Tenemos fé entusiasta en el progreso humano; creemos en la redención de los pueblos por el propio esfuerzo, y este esfuerzo, si á veces parece amortiguarse en algunas localidades aisladas, lo vemos en cambio returgir exuberante, rebullendo por todas partes.

Los que nos precedieron en la lucha nos han dejado brecha practicable en la fortaleza del privilegio; á nosotros toca dar el asalto y destruirla para siempre, estableciendo en el mundo el reinado de la paz, de la justicia y del bienestar para todos, preparando así el porvenir á las venideras generaciones.

A todos los hombres de corazón llamamos para que acudan, con todas sus energías, á forzar la brecha.

La Redacción.

¡Sin Trabajo!

I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, encuéntranlo frío, como obscurecido con la tristeza que se desprende de una ruina. En el fondo de la sala principal, la máquina está silenciosa, con sus brazos delgados, sus ruedas inmóviles; y ella, cuyo soplo y movimiento animan habitualmente toda la casa, con los latidos de su corazón de gigante, incansable en la faena, agrega al conjunto una melancolla más.

El amo baja de su despacho y con aire de tristeza dice á sus obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo... Ya no vienen pedidos, de todas partes recibo contraórdenes, voy á quedarme con las existencias entre las manos. Este mes de Diciembre, con el cual contaba, este mes que otros años es de tanto trabajo, amenaza arruinar las casas más fuertes... Es presiso suspenderlo todo.

Y al ver que los obreros se miran unos á otros, con el espanto que les imbuye la idea de volver á casa, con el miedo del hambre que les amenaza para el día siguiente, añade en voz más baja:

No soy egoísta, no, os lo juro... Mi situación es tan terrible, más terrible tal vez que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil pesetas. Hoy paro el trabajo para no ahondar más la sima; ni siquiera tengo los primeros cinco céntimos de la suma que necesito para mis vencimientos del 15...

Ya lo veis, os hablo como un amigo, nada os oculto. Tal vez mañana mismo vengan á embargarme. No es nuestra la culpa, ¡no es cierto! Hemos luchado hasta última hora. Hubiera querido ayudarnos á pasar días de apuro; pero todo ha acabado, estoy hundido; no tengo ya ni un pedazo de pan para partirlo.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos minutos permanecen allí, mirando sus herramientas inútiles, con los puños cerrados. Otros días, desde el amanecer, las limas cantaban, los martillos marcaban el ritmo; y todo aquello parece que duerme ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias que no tendrán que comer la semana próxima.

Algunas mujeres que trabajan en la fábrica sienten las lágrimas humedecerles los ojos. Los hombres quieren aparecer más resueltos. Se hacen los valientes diciendo que la gente no se muere de hambre en París. Luego, cuando el amo los deja y le ven alejarse, encorvado en ocho días, abrumado tal vez por un desastre de mayores proporciones que las confesadas por él, van saliendo uno por uno, ahogados por la angustia, con el corazón oprimido, como si salieran del cuarto de un muerto. El muerto es el trabajo es la máquina grande que permanece muda, y cuyo esqueleto se destaca siniestro en la sombra.

II

El obrero está fuera de su casa, en la calle, en medio del arroyo. Ha paseado las aceras durante ocho días sin encontrar trabajo. De puerta en puerta ha ido ofreciendo sus brazos, sus manos, ofreciéndose él en cuerpo y alma para cualquier faena, para la más repugnante, la más dura, la más nociva. Y todas las puertas se han cerrado.

Entonces se ofreció á trabajar por la mitad del jornal; pero las puertas permanecieron cerradas. Aunque trabajase de balde no se le podría admitir. Es la paralización del trabajo, la terrible paralización que tóca á muerto para los que habitan en las buhardillas. El pánico ha parado las industrias, y el dinero cobarde, se ha escondido.

Al cabo de ocho días todo ha concluido. El obrero ha hecho una tentativa suprema, y ahora vuelve con paso tardo, con las manos vacías, abrumado de miseria. La lluvia cae; aquella tarde, París inundado de barro, aparece fúnebre. El hombre va andando, recibiendo, el chaparrón sin sentirlo, no oyendo más que su hambre y deteniéndose para llegar menos pronto. Inclínase sobre el parapeto del Sena: el río, cuyo caudal ha aumentado, corre con un rumor prolongado; la espuma blanca se desgarran en salpicaduras en uno de los tramos del puente. Inclínase más, la colosal riada pasa debajo de él lanzándole un llamamiento furioso. Después, piensa que sería una cobardía, y se vá.

La lluvia ha cesado. El gas flamea en los escaparates de las joyerías. Si rompiese un cristal, tomaría pan para algunos años con abrir y cerrar la mano. Las cocinas de los *restaurant* se encienden; y detrás de las cortinas de muselina blanca, ve gentes que comen. Apresura el paso, vuelve á subir á los barrios extremos, encontrando en el camino las asadurías y pastelerías del todo París comilón, que se exhibe á las horas del hambre.

Como la mujer y la pequeña lloraban por la mañana, les ofreció llevarles pan por la tarde. No se ha atrevido á decirles que había mentado, antes

de que anochebiese. Al ir andando, pregúntase cómo entrará y qué les contestará para que tengan paciencia. Sin embargo, no pueden permanecer más tiempo sin comer. El probaría aún pero la mujer y la pequeña son muy débiles.

Un momento se le ocurre pedir limosna; pero cuando una señora ó un caballero pasan á su lado y él intenta alargar la mano, su brazo se paraliza y la voz se ahoga en su garganta. Entonces permanece plantado en la acera, mientras los transeuntes adinerados le vuelven la espalda, creyéndolo borracho, al ver su feroz semblante de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado á la puerta de la calle, dejando arriba á la niña dormida. La mujer es muy delgada: lleva un vestido de percal. El viento helado de la calle la hace tiritar.

Ya no le queda nada en casa; todo lo llevó al Montepío. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La vispera vendió á un trapero el último puñado de lana de su colchón: el colchón se fué así; ahora no queda más que la tela. Allá arriba la colgó delante de la ventana, para impedir que entre el aire, porque la niña tose mucho.

Sin decir nada á su marido ella también ha buscado por su parte. Pero la falta de trabajo ha alcanzado con más dureza á las mujeres que á los hombres. En la meseta de su cuarto oye á unas desgraciadas que lloran durante la noche. Encontró una de pié en el rincón de una calle, otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Afortunadamente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Vivirían sin apuros si la falta de trabajo no les hubiese despojado de todo. Ha agotado el crédito: debe al panadero, al especiero, á la frutera, y ya ni siquiera se atreve á pasar delante de las tiendas. Por la tarde fué á casa de su hermana á pedirle una peseta prestada, pero allí encontró también tal miseria, que se echó á llorar, sin decir nada, y las dos, su hermana y ella, estuvieron llorando mucho tiempo. Luego, al marcharse, la ofreció llevarle un pedazo de pan si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve. La lluvia cae; la mujer se refugia en la puerta; grandes gotas de agua caen á sus pies; un polvillo de agua atraviesa su falda. A ratos se impacienta, se echa fuera á pesar de la lluvia, va hasta el final de la calle para ver si vé á lo lejos al que espera. Y cuando vuelve toda mojada, pasa la mano por sus cabellos para escurrir el agua; aun cobra paciencia, sacudida por cortos calofríos de fiebre.

Los transeuntes al ir y venir la codean y la pobre mujer se encoje cuanto puede para no molestar á nadie. Los hombres la miran frente á frente, y á ratos, siente alientos calientes que la rozan el cuello. Todo el París sospechoso, la calle con su lodo, sus claridades crudas y el rodar de los coches parecen querer cojerla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre, pertenece á todo el mundo. Enfrente hay un panadero, y la pobre mujer piensa en la pequeña que duerme arriba.

Después, cuando al fin el marido aparece, rozando como un miserable las paredes de las casas, se precipita á su encuentro, y le mira ansiosamente.

—¿Qué hay?—dice balbuceando.

En vez de contestar, el obrero baja la cabeza. Entonces, la mujer sube la primera, pálida como una muerta.

IV

Arriba la pequeña no duerme. Se ha despertado, y está pensando enfrente de un cabo de vela que se extingue en un extremo de la mesa. Y no se sabe qué pensamiento terrible y doloroso pasa sobre la faz de aquella chicuela de siete años, con rasgos serios y marchitos de mujer hecha.

Está sentada sobre el borde del cofre que le sirve de cama. Sus pies desnudos tiemblan de frío, sus manos de muñeca enfermiza aprietan contra el pe-

cho los trapos con que se cubre. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar. Está pensando.

Nunca ha tenido juguetes. No puede ir á la escuela porque no tiene zapatos. Recuerda que cuando era más pequeña, su madre la llevaba á tomar el sol. Pero aquélla está lejos. Fué preciso mudar de habitación, y desde aquella época le parece que un gran frío sopló dentro de su casa. Desde entonces nunca ha estado contenta; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda en la cual penetra sin poder comprenderla. Pues qué ¿todo el mundo tiene hambre? Ha procurado, sin embargo, acostumbrarse á eso, pero no ha podido. Piensa que es demasiado pequeña, y que es preciso ser grande para saber. La madre sabe, sin duda, esa cosa que se oculta á los niños. Si se atreviese, preguntaría quién nos trae así al mundo para que se tenga hambre.

¡Luego, en su casa todo es tan feo! Mira la ventana donde el viento sacude la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles rotos, toda aquella vergüenza de buhardilla, que la falta de trabajo ensucia con su desesperación.

Imagina haber soñado con habitaciones bien bien calientes, en las que había cosas que relucían; cierra los ojos para volverlas á ver, y á través de sus párpados adelgazados, la llama de la vela se convierte en un gran resplandor de oro, en el que desearía entrar. Pero el viento sopla, por la ventana llega una corriente tan fuerte de aire, que la produce un acceso de tos. La niña tiene los ojos llenos de lágrimas.

Antes tenía miedo cuando la dejaban sola, ahora no sabe, lo mismo le dá. Como no se ha comido desde la vispera, cree que su madre ha bajado á buscar pan. Entonces esta idea la divierte. Cortará su pan en pedazos pequeñitos, lo irá cogiendo despacio, uno por uno. Jugará con su pan.

La madre ha vuelto, el padre ha cerrado la puerta. La niña les mira las manos á los dos muy sorprendida. Y, como nada dicen, al cabo de un momento la pequeña repite con tono de canturía:

—Tengo hambre, tengo hambre.

El padre, en un rincón, se ha cogido la cabeza entre los puños; allí permanece abrumado, sacudidas las espaldas por desgarradores y silenciosos gemidos. La madre, conteniendo sus lágrimas, acuesta la pequeña. La tapa con todos los andrajos que hay en la casa; le dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, á la que el frío hace dar diente con diente, y que siente el fuego de su pecho quemarla con mas fuerza, se hace atrevida. Se cuelga del cuello de su madre, y muy quedito:

—Dí, mamá, le pregunta, ¿pero porqué tenemos hambre?

Emilio Zola.

¿Por qué lo sufrirá?

Tiene sed, tiene hambre y tiene frío
la pobre humanidad...
Si son suyos los vinos, pan y abrigos,
¿por qué lo sufrirá?

Ignorante y estúpida vegeta,
sin luz intelectual...
Si son tuyas las ciencias y la escuela,
¿por qué lo sufrirá?

Fracasada sucumbe en el abismo
de rudo trabajar...
Si es su carga la misma en tantos siglos,
¿por qué la sufrirá?

Soberana, es esclava de señores,
de ley y autoridad...
Si ella puede tronchar los eslabones
¿por qué lo sufrirá?

Sin derechos, luchando por la vida,
es víctima fatal...

Si ella puede ser libre en rebeldía
¿por qué lo sufrirá?

R. Conde Nado.

El hombre y el soldado

Salió el hombre de la ciudad al amanecer de un claro día y se sentó en una piedra que dividía dos campos.

Acertó á pasar por allí un soldado cubierto de polvo y rendido.

—¿A quién defiendes?—le preguntó el hombre.

—A Dios y al rey—le dijo,

—Dios está en tí y tú en Dios—repuso el hombre.—Tú eres rey de tí mismo. Defiende en adelante al hombre. Si mañana vieres á tu hermano en poder de bandidos, no dejarías de seguro sosegar tu espada. La desnudarias y cerrarias contra ellos sin pensar que tu vida estaba en peligro. Todos los hombres son tus hermanos y todos padecen violencia; ¿cómo sigues aún puesta la mano en la guarda de la empuñadura? No atiendas mas que á la ley escrita en tu conciencia. No des importancia á la materia sino al alma. La muerte es la transfiguración de la vida; tu espíritu es eterno y vive eternamente en el hombre. Mueres por tí muriendo por tu hermano; por tí viertes tu sangre cuando la viertes por los que han de ser. Para el cuerpo hay generaciones, no para el espíritu.

—Nadie, señor, padece más que yo violencias—contestó el soldado.—¿Dónde están los que han de emanciparme?

—¿Señor?—repuso el hombre.—Tú eres tu señor y tu Dios; cualquiera que se llame tu señor es tu tirano. El hombre no puede ser nunca más que el hombre, porque le anima un mismo espíritu. Estás en la verdad, joven soldado; nadie padece más que tú violencias. El rey extiende sobre tí su cetro, el coronel su bastón, el capitán su espada; hasta el cabo tiende sobre tí su vara. Y pesa sobre tí una ley de sangre; una palabra, un gesto, una mirada te conducen al cadalso. Mas tú dispones de armas, tú y cuantos gimen bajo el mismo yugo. ¿Cómo las blandes contra un pueblo inerme? Suena un grito, y hombres á medio armar se lanzan á la calle y retan á ejércitos y reyes. Estás tu armado y te asustas de tu sombra. El pueblo te tiende siempre la mano. ¿Por qué le rechazas? Tres tiranías doblan la frente de los hombres. Descansan las tres sobre tus armas. Retíralas y... cayeron y vinieron á gran ruina. Y yo te restituiré luego al seno de tu familia y de tu pueblo, de donde no te arrancarán ya, ni á tus hijos, ni á los hijos de tus hijos. Y si vives serás emancipado, lo serás si mueres.

Calló entonces el hombre y siguió el soldado su camino.

¡Pobre soldado!

F. Pi y Margall.

La Beneficencia

Antonio Mueredehambre es un pobre obrero sin trabajo.

Habita con su familia en un zaquizami de una casa vieja y deshabitada; vive de... caridad.

Un día volvió á su casa muy alegre.

—Alegraos, queridos míos, hoy os traigo buenas noticias!

—¿Qué es ello?

—¡He encontrado trabajo!

—¡Bendito sea Dios!

—¡Sí; bendito sea Dios y el Gobierno!, porque es el Gobierno quien me da trabajo.

—Conque mañana...—dice su mujer.

—¿Mañana? Que prisa que tienes; el trabajo que he encontrado se empezará... dentro de diez meses.

—¡Ah...!

—Si, dentro de diez meses se empezarán las obras para el monumento á Victor Manuel. ¡Conque alegrémonos! Dentro de diez meses... también comeremos nosotros.

—Y en tanto, ¿cómo vivimos?

—¿En tanto? ¡Es verdad, no lo había pensado!

—No tenemos pan y nadie nos socorre.

—Es verdad... ¡Ah! ¡Qué imbécil soy!

¡Alegraos! ¡Alegraos! No os he dicho aún que figuro entre los pobres que han de ser socorridos en la gran fiesta de beneficencia que se dará en el teatro.

—¡Una fiesta para los pobres!

—Sí. ¡Figúrate que todos los señores y señoras que se compadecen de los miseros darán una gran fiesta, pero una fiesta en toda regla! ¡Figúrate que han gastado no sé cuantos cientos de pesetas en los preparativos!

—¡Oh! ¡Si hubiesen dado á los pobres lo que gastan en preparativos.

—¡Tonta! Hazte cargo que son señores y deben divertirse... ¡Y después dicen que los señores no piensan en los obreros!

—¿Y cuándo es esa fiesta?

—Dentro de quince días.

—¡Ah! ¿Y en tanto?

—En tanto, en tanto hay que hacer de modo que no nos muramos de hambre en ese tiempo.

—Eso se dice pronto. ¿No nos podrían dar en seguida algunos cuartos?

—Sí! ¿Y la fiesta? ¡Una fiesta tan hermosa! Tú dices que nos den algunos cuartos.

Si recogerán miles de pesetas...

Es la noche de la fiesta. Fuera del teatro está nuestro hombre con sus hijos en medio de infinidad de luces y adornos, viendo llegar carruajes y carruajes con tanto cochero galoneado y brutal y con tanta insignia; viendo entrar señoras lujosísimamente vestidas; contemplando los estantes llenos de refrescos y pastas, y los grandes ramos y *corbeilles* de flores con cintas colgantes de raso recamadas de oro; y mientras ve todo esto y siente que se le doblan las piernas de hambre, no puede menos de exclamar:

—¡Oh! ¡Si me dieran siquiera una cinta de esas ó un ramo...!

Y los chicos perciben en el aire el olor caliente y confuso del *buffet*. Esta noche no se puede pedir limosna.

—¡Diablo!—dice un caballero.—¿No veis que voy á pensar en los pobres? ¿Y quereis que vacíe la bolsa aquí fuera?

—Después de todo—dice para sí Antonio Mueredehambre—tienen razón. Bastante hacen. ¡Ah! ¡Qué caritativos son estos señores!

Durante la función se oyen desde fuera música, gritos, cantos y un barullo cada vez mayor.

A la hora de la salida los señores y las señoras están rendidos, ébrios, con los rostros amoratados y los vestidos sucios...

—¡Oh! ¡Pobre gente!—exclama Mueredehambre.—¿Cómo llegan á ponerse por hacer un poco de bien á los pobres!

—Mira, papá, aquel señor que no se tiene en pié... mirale... si no le sostiene el lacayo va al sueño.

¡Sí! ¿Quién sabe lo que ha debido beber ese pobre diablo por hacer bien á los pobres!

Al día siguiente, Antonio Mueredehambre se presenta al Comité para recibir la parte que le corresponde de la función de beneficencia.

—¿Qué quiere usted?

—Pues... lo que me toca.

—¡Imbécil! ¿Como vamos á daros hoy el dinero? Las señoras del Comité están todavía en la cama, la secretaria tiene una gran indigestión de bizcochos y además tenemos que hacer las cuentas.

—¿Entonces cuándo he de volver?

—Dentro de veinte días.

—¿Veinte días?

—Sí, y si no quiere volver, no vuelva.

¡Qué gente. Después de lo que se hace por ellos, todavía vienen con pretensiones. Creen que no tenemos otra cosa que hacer más que pensar en ellos... Quisieran que se hicieran las cuentas en dos horas: esto es, cuatro y cuatro, ocho, y ya está hecho. ¡Oh! ¡Su ignorancia.

—Es verdad—piensa Antonio marchándose.—Esta gente tiene que hacer las cuentas y necesita una veintena de días para distribuir bien los cuartos.

Es el día del reparto.

Vense muchos señores y señoras en la residencia del Comité. El número de pobres es tan grande, que hay precisión de que formen fila y esperen algunas horas.

Antonio Mueredehambre, que, después de veinte días, está reducido... á lo menos posible, se arrastra por entre la multitud y llega al sitio donde distribuyen el socorro. Una señorita, muy adornada con lazos, flores, oro y brillantes, y sonriendo de una manera que quiere ser angelical, deposita en la mano de Antonio la respetable suma de.... cuatro céntimos.

—¡Cómo...! ¿Cuatro céntimos?

—¿Y no estais contento después de todo lo que hemos hecho?

—¡Y pensar que yo—murmura un señor ya viejo—por amor á los pobres he tenido un cólico! Si no le satisface á usted lo que le damos, ahí están las cuentas, porque nosotros lo hacemos todo con claridad.

Antonio va á ver las cuentas y lee:

	Pts.	Cts.
Alquiler del teatro.....	90,00	
Luz.....	57,23	
Refrescos.....	320,50	
Objetos para la rifa.....	597,25	
Flores y regalos á las señoritas que se han prestado galantemente á tomar parte en ella.....	480,50	
Adornos.....	283,75	
Gastado en pastas.....	34,15	
Gastos diversos.....	117,23	
Personal del teatro.....	60,00	
Total.....	2.040,91	
Importa lo recaudado.....	2.160,91	
Total de gastos.....	2.040,91	
Restan.....	120,00	

Divididas 120 pesetas entre 3.000 pobres que han solicitado socorro: cuatro céntimos cada uno.

(De L' Asino, de Roma).

Testimonio irrecusable

El Fiscal del Tribunal Supremo, señor Diez Mucoso, no es anarquista, ni socialista, ni siquiera republicano. Es, por el contrario, un católico-conservador, un hombre de orden en toda la extensión

No matar

de la palabra. ¿Y cómo no ocupando un cargo tan delicado para la defensa del actual orden de cosas?

Pues bien, este mismo señor acaba de leer en la apertura oficial de los Tribunales una Memoria en la que explica el aumento en la estadística de la delincuencia durante el *curso criminal* de 1899-900, entre otras causas, por la siguiente:

«A los ejércitos que peleaban en Ultramar acudieron, no sólo aquellos á quienes la suerte designó ó que llamó su deber ó un sentimiento de patriotismo, sino también considerable número de individuos rebeldes á la ley del trabajo y á toda disciplina social, que al terminar la vida aventurera en que cifraron sus esperanzas, vuelven á su patria para ser elementos de perturbación, muy apropiados para surtir el contingente de cárceles y presidios, aparte de que, *por regla general, los mismos azares y penalidades de la campaña endu-recen el carácter y embotan los sentimientos de los que en ella tomaron parte, haciéndoles adquirir hábitos y costumbres que con facilidad conducen al delito.*»

No diría más Tolstoi, el apóstol del antimilitarismo.

Hay que advertir que el aumento de causas criminales á que se refiere es de 7.296 sobre el año anterior.

Reconozcamos la acción moralizadora del cuartel.

Un pueblo muerto

Un pueblo para dar señales de vida debe de luchar. Un pueblo que no lucha es siempre esclavo. Y eso le pasa al pueblo mahonés, á ese pueblo tan ilustrado como le llaman algunos. Y nosotros que nos miramos los casos y cosas de muy diferente modo, vemos con pena, que ese pueblo, ese desdichado pueblo, tan ilustrado, es mucho más esclavo que otros.

Basta leer la prensa obrera para convencerse que es cierto lo antes dicho. Antes, en casi todos los pueblos se trabajaba diez horas. Hoy en muchas partes se trabaja nueve y en algunas ocho. Antes se ganaba un jornal muy reducido. Hoy se gana un jornal, aunque no muy bueno, algo regular. Los capataces trataban á los operarios muy malamente. Hoy se les trata con más humanidad. Basta que un capataz maltrate á un operario para que todos los otros compañeros de trabajo se declaren en huelga en son de protesta. Cada día piden aumento de jornal y disminución de horas de trabajo. Los obreros que no están asociados se asocian y los que lo están se federan. Unen fuerzas, celebran Congresos, cambian impresiones, discuten, se entienden, en fin, se ponen en guardia para proclamar una mejora más de derecho á la vida.

Aquí, ese pueblo, ilustrado, no hace nada de eso. Se lo mira todo con indiferencia; no lee la prensa obrera, no se entera de nada. Mucho baile, muchas jiras campestres, no para reforzarse los pulmones, sino para ponerse en tal estado que resultan más perjudiciales que beneficiosas dichas jiras.

Esto es el pueblo mahonés, indiferente en todo. Sino ved á los pobres zapateros, que son la mayoría; van aniquilándose poco á poco debido al exceso de trabajo y á los pocos alimentos. Ved á un puñado de mecánicos sufriendo todo como esclavos. ¿Para qué nombrar más? Sufren todos y de todo sin que ninguno levante la voz ni proteste de esas anomalías, como hacen los trabajadores dignos y conscientes.

¡Ah, mahoneses! ¿Cuándo despertareis de vuestro letargo? ¿Cuándo comprendereis que es necesario asociarse? ¿No veis que estais perdiendo el tiempo miserablemente? ¿O acaso esperais que venga todo de arriba? ¿O es que estais conformes siendo siempre esclavos y miserables?—Uno.

Lentamente agonizaba el desdichado en medio de los más crueles sufrimientos. No había esperanza. Aquella terrible agonía era el término fatal, necesario, previsto de una enfermedad inexorable. En el paroxismo del dolor solicitaba la muerte como la suprema gracia que pudiera ya guardar de la humana piedad.

Agrupada en torno del lecho formaba la familia un cuadro de desolación. Allí la esposa, los hijos, seguían anhelantes las peripecias de aquel drama sombrío. Y, ¡cosa horrible!, ellos también habían llegado á desear el desenlace, único que podía poner término, con la vida del enfermo, á sus infernales torturas.

Inmóvil, cruzados los brazos, contraído el semblante, el médico semejava la estatua de la impotencia. Oprimía su corazón el amargo sentimiento de la vanidad de la ciencia, que enseña á prever el mal sin mostrar la manera de impedirle. Y ante las fervientes invocaciones del agonizante, ante las mudas pero expresivas súplicas de la desolada familia, contentábase con mover lentamente la cabeza, con ademán de profundo abatimiento.

No puedo—se decía.—Si la conciencia no me enseña á curarle, el deber me veda darle muerte. No basta que él y los suyos quieran; no por eso dejaría, matándole, de ser un homicida. Yo debo, al contrario, prolongar la vida y luchar contra la muerte, aun allí donde esa lucha es ya inútil é insensata. El deber va más allá que la esperanza. El «no matarás» es absoluto, incondicional; no admite excepciones ni distingos. La propia humanidad no basta para justificar el homicidio.

Aquel médico era hombre, además, y aún antes que sabio. Fuera ya de la morada del enfermo su conciencia fué agitada por rudo combate.

—¿He hecho bien? ¿He hecho mal? ¿No soy yo responsable de los tormentos de ese desgraciado? ¿No estaba en mi mano dulcificar sus últimos tormentos y hacerle menos duro el lance postrero? ¿Qué era ya su vida, para él y los suyos, sino un infierno de dolores? ¿Es razonable sacrificar los deberes de la piedad á la absurda expectativa del milagro? ¿Debe el seco imperativo de una regla abstracta hacer enmudecer la voz de la compasión que enternece el alma y conmueve las entrañas? ¿He procedido yo como un hombre de bien ó como un ciego fanático, idólatra menguado de las preocupaciones dominantes?

De tal suerte embargaban estas crueles perplexidades el ánimo de nuestro buen doctor, que sólo el tumulto de una gran muchedumbre que se agitaba en torno suyo pudo sacarla de su ensimismamiento, revelándole el lugar en que se encontraba. Hallábase en medio de una ancha explanada. Por encima de las tapias de un edificio vasto y sombrío, destacaba, sobre el fondo azul de un cielo de primavera, la odiosa silueta del patíbulo. Aquel era el escenario del espectáculo que aguardaba impaciente la multitud.

Pronto apareció el reo en el centro de un grupo. A su lado un sacerdote pretendía ayudarle á bien morir. En la plenitud de su salud y de sus fuerzas, aquel desventurado, al borde del sepulcro, parecía adorar la vida que iba á abandonar. Miraba al cielo, miraba al sol, miraba la campiña cubierta de un ligero manto de verdura. Aspiraba con ansia el aire fresco de la mañana. Acaso se preguntaba confusamente cómo era posible morir así, sin voluntad, sin enfermedad, sin motivo, en medio de los esplendores de la Naturaleza viva, por sentencia de los jueces y arbitrio de los hombres.

Hízole el sacerdote la exhortación postrera. El verdugo, por un increíble sarcasmo, le pidió perdón de la muerte que aun no le había dado. Sentáronle en el banquillo, cubrieron su rostro, dió vuelta el tornillo homicida, y todo quedó consumado.

—No matarás—murmuraba entretanto nuestro doctor:—no matarás por deber, por conciencia, por humanidad. No matarás, aunque la muerte, anticipada por tu mano, signifique la redención. No matarás aún allí donde la vida es el tormento y el martirio. No matarás ni aun al que de tí solicite la muerte como una gracia. Pero si á la sociedad conviniere y tú fueres juez ó verdugo, no te detengas ante la exuberancia de salud, ante el anhelo de vivir, ante la protesta del instinto. Si á la sociedad conviene, mata.

Y al alejarse, su semblante, más bien que enojo, expresaba una desdeñosa conmiseración.

Alfredo Calderón.

LOS AMOS

(BALADA—Del libro inédito «Baladas de los que sufren»)

¿Por qué afláis el cuchillo que ha de atravesaros?
¿Por qué fabricais la pólvora que os ha de matar?

A vosotros que holgáis: la riqueza y la felicidad;
la miseria y el dolor, ¡ay! á mi que trabajo, dijo
cantando el obrero.

Un capitalista, un sacerdote y un general llegaron á un campo.

Labrábanlo hombres y bestias á un tiempo. Unos trabajadores guiaban allá el arado; otros cortaban aquí la mies ya formada, otros aventaban la paja, otros cargaban el trigo en acémilas. Sudaban todos, ennegrecidos por el sol, rendidos por la fatiga.

—¡Qué trigo más hermoso!—dijo el sacerdote tomando en la mano un puñado.—¿Para quién será este trigo? ¿Para quién el blanco pan que se hará con su harina?

—¡Ay! para vosotros,—dijo contando el obrero.

El sacerdote, el capitalista y el general siguieron su camino. Cerca de la ciudad vieron á unos trabajadores que entraban en una bodega. Los siguieron: en el lagar pisaban la uva hombres medio desnudos que bailaban sobre los racimos como diablos malhumorados. Sus gotas de sudor se mezclaban con el rico sumo de la vid. Estaban flacos y tristes, pero bailaban.

—¿Para quién será, volvió á preguntar el sacerdote, el delicioso licor que extraen esos desdichados?

—¡Ay! Para vosotros, dijo cantando el obrero.

El sacerdote, el capitalista y el general llegaron á las puertas de la ciudad. Cerca de ellos se levantaba un gran edificio. Entraron en él. Era una gran fábrica en que se hacía de todo. Desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche trabajaban en ella por un escaso jornal miles de obreros de ambos sexos.

Era ya por la tarde y estaban cansados; pero seguían, unos tejiendo riquísimas telas, otros puliendo finísimo oro, otros sacando en sus cañas el cristal de los hornos, otros labrando piedra, otros haciendo encajes... se fabricaba allí de todo lo que el gusto y el lujo puedan apetecer.

—¿Para quién serán, exclamó el capitalista, tantas riquezas?

—¡Ay! Para vosotros, dijo cantando el obrero.

El sacerdote, el capitalista y el general siguieron su camino; pero todavía antes de entrar en la ciudad hicieron otra parada.

Entraron en una hermosa fábrica de armas.

Los jornaleros trabajaban y trabajaban. Unos recogían en palas el bronce fundido que forma los cañones, otros pulían las hojas brillantes de las espadas, otros afilaban las puntas de las bayonetas, otros mezclaban los ingredientes con que se hace la irriada pólvora.

—Hermosas bayonetas, dijo el general cogiendo una; magnífica pólvora, agregó tomando un puñado. ¿A quién le atravesarán primero esas bayonetas el corazón ó le hará esta pólvora pedazos?

—¡Ay! A mi, dijo cantando el obrero.

F. Pi y Arzuaga.